



¿De Guatemala a Guatepeor?

Gabriel Guerra

No es fácil descifrar lo que está sucediendo en Guatemala. El asesinato del abogado Rodrigo Rosenberg y la difusión del mensaje videograbado que dejó, como en las películas, en caso de que algo le aconteciera, ha llevado a la incipiente y frágil democracia guatemalteca a un punto de quiebre.

La salida a las calles de decenas de miles de manifestantes, unos apoyando y otros denostando al presidente Álvaro Colom, pone de manifiesto la intensidad y la complejidad de la crisis que enfrenta el mandatario, y más allá de él, todo el sistema político de esa nación centroamericana, que hace apenas década y media vivía sumida en la guerra civil.

La llegada de la paz a Guatemala dio esperanzas de que ese atribulado país pudiese salir del pantano de la confrontación y los odios internos para tratar de buscar un camino de olvido de agravios pasados y de poner la mirada en el futuro. Eran tiempos de enterrar las hachas y de buscar los azadones que permitieran a 13 millones de sufridos guatemaltecos trabajar para reinventarse tras décadas de dictaduras, represión y matanzas.

Algo sucedió en el camino que ha obstaculizado la reconstrucción y la reconciliación en Guatemala. Como en una novela trágica, todos los protagonistas parecen obstinados en preservar conductas, feudos y cotos de poder que hacen prácticamente ingobernable a esta nación cuya belleza natural y riqueza histórica contrastan con la pobreza y marginación en que viven muchos de sus habitantes y en las miserias de un sistema político y una oligarquía que sólo ha aprendido a sobrevivir en el contraste con sus opositores y no en las ideas nuevas.

Más de 35 años de sangrienta guerra civil marcan el ánimo y las conciencias de sus pobladores, que vieron cómo gobiernos sucesivos optaron por la fuerza como mecanismo para resolver los profundos conflictos sociales y étnicos que hacen de Guatemala uno de los países más desiguales en una de las regiones más desiguales del mundo entero. Datos de organismos internacionales hablan de 200 mil muertos durante las décadas de violencia interna, de abusos de las Fuerzas Armadas a veces al servicio del gobierno en turno y a veces en control de él, y la influencia estadounidense en tiempos en los que Washington encasillaba cualquier conflicto en la región como parte de choque entre las superpotencias, haciendo de Guatemala un teatro de batalla más de la *guerra fría*.

Si las cifras son aterradoras, la historia reciente de Guatemala lo es igualmente. Golpes, auto-

golpes y asonadas, asesinatos, terremotos y huracanes, pobreza, marginación y violaciones a los derechos humanos, todo siempre en una misma línea: la de la destrucción de la esperanza. El resultado, además de un país con índices de miseria y atraso espeluznantes, es el de una nación profundamente dividida, no sólo por creencias, ideologías y etnias, sino también por la condición social. Si bien el origen no es el único determinante, lo cierto es que buena parte del conflicto en torno al todavía hoy presidente Colom y a su adversario asesinado, tiene como norma la diferencia entre pobres y ricos, blancos e indígenas, educados e ignorantes.

Las manifestaciones del domingo 17 de mayo así lo reflejan: los opositores a Colom, unidos en su indignación y reclamo por el asesinato de Rosenberg y por su articulada denuncia, son convocados en buena medida por un fenómeno reciente e impensable: las redes sociales de internet. Mientras tanto, los partidarios del presidente acuden a la plaza convocados al más viejo estilo latinoamericano: el acarreo desmedido y descarado de un gobierno que busca así defenderse de lo que llama un complot para desestabilizar al país.

Yo no sé en este momento quién tiene la razón o si las acusaciones de Rosenberg están plenamente fundadas, pero me queda claro que el furor desatado por ese crimen no puede estar aislado de un descontento y un malestar de un sector muy importante de la sociedad guatemalteca. Al mismo tiempo, volteo a ver la biografía de Colom y me encuentro con un empresario que se dedicó durante un buen tiempo a los esfuerzos de reconstrucción y reconciliación nacional, que tiene una vocación progresista y que trata de gobernar a un país presa de la delincuencia organizada, de la violencia y del temor.

Más de cinco mil asesinatos en el último año, índices de impunidad cercanos a 98%, un Legislativo y un Judicial cuestionados e ineficientes, un presidente que ha terminado por polarizar a los suyos, son todos ingredientes para esa denominación que con razón aberramos: la de un Estado fallido. Guatemala está claramente en el camino, y hoy depende de sus gobernantes, de la sociedad civil y de los liderazgos políticos que le quedan para tratar de cambiar el rumbo.

Mi instinto me dice que un presidente democráticamente electo no debe ser suplantado más que por verdaderas causas de fuerza mayor, pero la experiencia me dice también que una victoria en las urnas no puede ni debe ser patente de corso para criminales, para dinamitadores de las instituciones o para dictadores en potencia.

No es fácil la disyuntiva. Los guatemaltecos habrán de cuidar que su decisión no los lleve a un peor estado de cosas.

gguerra@gcya.net

gguerrac@twitter.com

